

LA CIUDAD ENTERA

La Ciudad Entera está completamente rodeada de varias hileras de murallas que por su inclinación parecen ascender en zigzag hasta la cima de una colina. Allí se adivinan las ruinas de una antigua fortaleza. La primera vez que la vi un sol enorme y amarillo colgaba sobre ella desparramando una luz fría y sin sombras.

El terreno alrededor de la ciudad está apisonado y nada crece en él, ni siquiera una brizna de hierba. Eso aumenta la sensación de poderío de sus muros, que arrancan de pronto hacia lo alto con perfecta perpendicularidad. El material del que están hechos parece arcilla, aunque con una trama de vetas oscuras, casi negras. La ausencia de referencias (ventanas, aspilleras, garitas) hace difícil estimar su altura.

Tuve que rodearla por completo para averiguar que la ciudad dispone de siete puertas, y que todas ellas están cegadas. Pero esto es normal. Lo curioso es que parecen estarlo por dentro: aunque los arcos exteriores están francos, después de la típica entrada en “S” un muro se ha adosado a las puertas desde el interior.

Ante la ausencia de accesos no tuve más remedio que escalar, lo cual me proporcionó un espectáculo increíble. Desde lo alto, el recinto se ve como una inmensa superficie ligeramente cóncava en cuyo centro deprimido se levantan los edificios de la ciudad. No hay construcciones cerca del muro, solo una ancha franja de terreno de unos doscientos metros de perfecta regularidad. No hay árboles, ni piedras, ni restos de ninguna clase. No hay nada. La explanada permite, además, contemplar una buena cantidad de muralla, que desde el interior se ve apoyada por dos hileras de arcos superpuestos. Desde allí no se distinguen más puertas. La sensación es desconcertante, como si se estuviese contemplando una inmensa maqueta, o uno de esos cuadros surrealistas de amplísimas perspectivas.

No me costó encontrar una puerta de acceso a la verdadera ciudad, una puerta magnífica, ricamente decorada. Sobre el dintel un frontón muestra lo que entonces supuse era un mapa de la ciudad. Me sorprendió la calidad del detalle, aunque lo más original se encuentra en las columnas que sujetan el arco, decoradas de arriba a abajo con el relieve de pares de manos dispuestas en formas que me recordaron las señas de los lenguajes de sordomudos.

Las construcciones de la Ciudad Entera son austeras y elegantes: todas están decoradas con los mismos motivos, unas sencillas impostas ajedrezadas que se elevan hacia las cornisas para fundirse con largas cenefas de motivos geométricos. No tienen entradas ni aberturas de ninguna clase. No hay puertas, no hay ventanas, o si las hay están cegadas con tanto esmero que no se distinguen de la obra original. Esto no quiere decir que las paredes sean lisas. Al contrario: están rotas por grandes volúmenes cúbicos vaciados en las fachadas y en todas las alturas. En su interior no se distingue estructura alguna, como si los edificios, más que contruidos, hubiesen sido esculpidos en enormes monolitos. A estos huecos los llamé *nidos*.

El arco de entrada daba acceso a una calle que recorrí durante unos cientos de metros hasta que se rompió en dos estrechos callejones para formar una *i griega*. Fue entonces

cuando empecé a levantar el mapa de la Ciudad Entera. Es algo que tenía previsto, pero sobre el terreno vi que era absolutamente necesario, especialmente cuando deambulé durante horas por callejones que se empeñaban en torcerse sobre sí mismos como si se resistiesen a ser cartografiados. Era desesperante. En especial por la tediosa monotonía de aquellas formas monolíticas y sin ventanas.

De vez en cuando la ciudad se abre para formar plazas. En ellas, por lo general, los edificios son más altos y la decoración más profusa, aunque sin abandonar la austeridad pétreo de los más pequeños. Cuando encontré la primera plaza, amplia y soleada, me llevé una inmensa alegría, como si hubiese llegado a algún sitio, o como si hubiese escapado de otro. La llamé la Plaza del Sol. En las esquinas encontré de nuevo manos labradas en distintas posiciones. Recuerdo que tras estudiarlas durante un rato no pude evitar sonreír, porque si el día anterior me habían recordado signos, en aquel momento aquellas manos me parecieron como colocadas para hacer sombras. Decidí llevar un registro de las formas que encontrase: quizá se tratara de una forma de escritura.

Durante las horas centrales del día el calor es infernal. Cuando el sol está en lo alto arranca fuego de la piedra y apenas si se encuentra alivio en la umbría de los callejones. Esto hizo aún más intensa mi principal preocupación desde que decidí emprender la exploración del lugar: el agua. Sin embargo, como si la ciudad atendiese a mis deseos, no tardé en encontrar muy cerca, en una de las calles que salían de la Plaza del Sol, un pasadizo que me llevó directamente a un gran patio casi completamente cubierto. Solo una estrecha franja en su parte central permitía ver el cielo. Por sus dimensiones pensé que se trataría de un lugar público, quizá un mercado, una lonja, o algo así. Lo más interesante es que en el centro del patio un pilón recoge el agua que se escurre de la cubierta. Decidí hacer del lugar mi campamento base.

Mi tercer día en la Ciudad Entera fue de un rara intensidad. Me desperté feliz, deseosa de meter cuatro cosas en una mochila y sumergirme en sus calles libre de la preocupación del agua y del peso de la enojosa impedimenta. Dejé el resto del material y las provisiones en un nido de aquel impluvio providencial y me puse en marcha.

Las primeras horas del día discurrieron deliciosamente frescas gracias a la sombra de los bloques más altos. A diferencia de los barrios estrechos y tortuosos, aquel estaba surcado por anchas avenidas repletas de complejas estructuras. Encontré rampas de acceso a plataformas que, conectadas además por puentes, formaban el entramado de una segunda red viaria elevada sobre la primera. Paseé por un bulevar flanqueado por dos hileras de columnas que sustentaban todo un zoológico de seres fabulosos, seres que no pude reconocer. Crucé un puente que salvaba una sima abierta como una herida en el empedrado de la calle y de la que no pude distinguir el fondo. Rodeé un enorme felino de basalto que, sentado en un pedestal de forma cilíndrica, miraba hacia el sur con un gesto de excelso interés. Fue increíble.

Poco antes del mediodía el calor se hizo sofocante. No corría nada de aire y mi piel estaba empapada de sudor. Llegué a una plaza en cuyo centro una fuente arrojaba agua sobre una superficie circular levemente inclinada. Me tumbé sobre la superficie y dejé que el agua empapase mis ropas. Con las manos recorrí mi cuerpo para que el agua calmase el calor del sol abrasador. Entonces deseé sentir sus rayos directamente sobre la piel. La idea de estar allí, desnuda, en medio de la Ciudad Entera, me pareció terriblemente excitante. Arrojé lejos mis ropas y me tumbé bajo la lluvia de pequeñas gotas que, tras caer sobre mis pechos y deslizarse sobre mi vientre, resbalaban entre mis muslos abiertos.

Pasé las horas de más calor cobijada en un *nido* y trabajando en el mapa, añadiendo detalles a los croquis que había tomado de los monumentos más significativos y poniendo en orden mis impresiones. Recuerdo, por ejemplo, que estuve pensando en la modernidad de la ciudad. Y es que allí, pese al aspecto medieval y al trazado orgánico, en todas las construcciones de la Ciudad Entera se percibe un minimalismo premeditado, un manierismo formal semejante al de los arquitectos empeñados en la revitalización de estilos antiguos. Además, pese a la riqueza de formas, es evidente que todos los edificios se ciñen a cierto módulo, algo que no supe precisar pero que sin duda está allí, unificándolo todo: una proporción, un ángulo peculiar, no sé.

Cuando las sombras volvieron a la ciudad decidí regresar al campamento y hacerlo por la misma ruta que había hecho por la mañana: quería ver los mismo lugares bajo la luz del atardecer. Pasé por el puente y la sima; pasé por la parada de monstruos; contemplé de nuevo las plataformas elevadas. Pero no encontré ni mi campamento ni la Plaza del Sol.

Al principio no me preocupé demasiado: había sido capaz de deshacer la mayor parte del camino, así que el error debía ser mínimo. Repasé el mapa; exploré distancias progresivamente mayores en todas direcciones; incluso deshice mis pasos hasta las plataformas aéreas. Sin embargo, no logré nada. La luz del día prácticamente había desaparecido y la temperatura se había hecho bastante fresca. Empecé a tener hambre. Y también algo de miedo.

Pasé la noche en el interior de un nido. No pude dormir. Desde mi refugio observé durante horas el avance de las sombras lunares de los edificios. Y escuché el silencio, un silencio que es allí absoluto. ¿He dicho ya que en la Ciudad Entera no hay pájaros? Tampoco hay grillos, ni ninguna otra cosa que haga ruido. Tampoco viento.

Cuando empezó a clarear ya tenía un plan definido: volvería a repetir mi búsqueda de la tarde anterior. Estaba segura de que si no había encontrado el campamento se debía a algún estúpido error producto del cansancio. Además, en última instancia, si no tenía éxito tampoco habría problema, pues bastaría salir de la ciudad y rodearla por la explanada exterior hasta encontrar la puerta por la que entré para localizar fácilmente la Plaza del Sol.

Todo fue inútil. No solo no encontré el campamento, sino que comprobé que los errores de mi plano eran abundantes y de consideración: parecía como si no hubiese puesto nada en su sitio. Localicé de nuevo el puente sobre la sima, pero fui incapaz de llegar al bulevar de los monstruos: en el lugar donde creía que estaba encontré una plaza circular adornada con una copia del enorme felino de mirada aristocrática que viera unos días antes subido en su pedestal. Desde allí quise ir al barrio de las plataformas elevadas, por si desde aquella altura veía las cosas con más claridad, pero cuando llegué no encontré rampa ninguna. Lo peor vino cuando quise salir de la ciudad: no pude. Por más que intentaba mantener una dirección fija, siempre desembocaba en un dédalo de callejones que me acababa escupiendo a alguna de las plazas del interior.

Al final del día, exhausta, tras doce horas de recorrer la ciudad, de revisar una y mil veces mi plano, de pasar una y mil veces por plazas desiertas, por puentes y pasadizos, de creer reconocer estructuras que sin embargo solo eran parecidas a las que aparecían en mis notas, comprendí lo que ocurría: aquello era un laberinto y yo me había perdido en él.

Los tres primeros días fueron los peores. Tan pronto andaba durante horas sin rumbo fijo con la esperanza de encontrar por puro azar lo que mi falta de orden había perdido

como me quedaba tendida en el suelo en medio de cualquier sitio con la mirada perdida en el cielo. Las punzadas de hambre solían traducirse en ataques de llanto, tras los cuales llegaban, sin solución de continuidad, fases de reafirmación de la voluntad. Por las noches me era difícil distinguir de la realidad de unos sueños en los que manos de piedra tomaban vida, me señalaban todos los caminos y me insistían en que los tomase.

De pronto, quizá al cuarto o quinto día, entré en un periodo de intensa lucidez. Con facilidad eliminé todo pensamiento superfluo y fijé con claridad mi objetivo, escapar de la ciudad, y también lo que tenía que hacer para conseguirlo: aprender todo lo posible de ella. Ahora puede resultar una trivialidad, pero entonces tales decisiones me emocionaron.

En términos prácticos aquello se tradujo en confeccionar un nuevo mapa, pero ahora de dentro hacia fuera. La ciudad no era tan grande: si empezaba a cartografiar desde el punto en el que me encontraba, tan bueno como cualquier otro, antes o después llegaría a la explanada exterior. Por entonces el hambre se había convertido en una sensación tan cotidiana que me veía capaz de soportarla durante semanas enteras.

Sin embargo, mi nuevo plano pronto resultó ser tan erróneo como el anterior. Daba igual el cuidado que pusiese en mis notas, daba igual la precisión con la que recogiese cada rasgo de la Ciudad Entera, lo cierto es que siempre había algo que pasaba por alto, algo que olvidaba y que hacía inútiles todos mis esfuerzos. Estaba anocheciendo cuando encontré una hoja seca. Quizá sea difícil entender la importancia de tal descubrimiento, pero cuando se lleva días y días sin ver nada que no sea piedra dura y gris, encontrar una hoja seca puede resultar una experiencia de una rara intensidad: lloré mucho tiempo, lloré durante horas, por mí, por aquella hoja que me había traído el recuerdo del mundo, por mi destino.

Los días siguientes transcurrieron como en un sueño. Descubrir la inutilidad de los mapas fue una liberación que me permitió dedicarme a pasear y a contemplar. Del hambre ni me acordaba, aunque a veces sentía algunos dolores. Dormía de día para poder pasar la noche andando y así combatir mejor el frío. Era duro, pero al menos todo estaba terriblemente claro.

Una mañana encontré de nuevo el gran gato esculpido en basalto. Era el mismo de otras veces, con su misma mirada de concentrado interés y subido al mismo pedestal cilíndrico, solo que ahora estaba pegado a una pared y explorando el interior de un nido. Esta nueva repetición del motivo felino, en aquel lugar en el que todo se parecía pero nada se repetía, me hizo pensar que debía tratarse de alguna divinidad.

Necesité encontrar el gato negro varias veces más para entender que lo que encontraba en cada ocasión no eran copias, no eran reproducciones de un mismo motivo felino, sino siempre la misma estatua, la misma piedra oscura, quién sabe si inmóvil en su emplazamiento, y que era la propia ciudad la que cambiaba a su alrededor.

Qué trivial resulta todo cuando se entiende. Mis planos nunca funcionaron porque según los dibujaba ya eran obsoletos al corresponder a una ciudad que ya no existía. A partir de aquel momento miré a mi alrededor de otra manera, bajo otro prisma. En vez de intentar reconocer formas fijas me dediqué a buscar los cambios que se operaban. Es todo tan sencillo cuando se sabe qué hay que buscar...

Los cambios a veces son sutiles: una cornisa, el ángulo de inclinación de una fachada, la orientación de una calle... Otras veces las diferencias son más llamativas y desconcertantes: plazas que se alargan hasta convertirse en avenidas; perturbadores cambios de escala; grupos escultóricos reorganizados. Por un tiempo pensé en buscar un

posible patrón de cambio, las leyes que regían aquella geometría variable, pero pronto me rendí: aunque la ciudad siguiese reglas en sus metamorfosis, cosa que dudo, yo no tenía fuerzas para encontrarlas. Ya no.

Busqué una fuente y me tumbé al lado. No sabría decir cuánto tiempo había pasado cuando desperté sobresaltada al sentir viento en mi cara. Aunque está en la naturaleza del laberinto tener salida, había llegado yo a pensar que mi ciudad cambiante era un laberinto imposible. Sin embargo, aquel viento promisorio era la prueba de que una puerta se había abierto en algún lugar, y la confirmación de que los vericuetos de las calles y plazas tenían su complemento en los meandros que el tiempo había creado para mí.

Es extraño, pero, a punto de dejar la ciudad, me di cuenta de que ya no me daba miedo: lo que en ese momento me aterrorizaba era salir.

Alberto

<http://sector17.epsilon.com>